

El Ministro como Pastor

Liderazgo pastoral según la Biblia

Charles E. Jefferson

EBI
EDITORIAL
BAUTISTA INDEPENDIENTE

El Ministro como Pastor fue publicado originalmente en inglés bajo el título **The Minister as Shepherd**.

El texto de esta reimpresión proviene de la publicación de 1912 por Thomas Y. Crowell Company en Nueva York. Estos discursos se emitieron originalmente como parte de las clases de George Shepherd sobre Predicación en el seminario Bangor Theological Seminary. La ortografía, lenguaje, gramática y puntuación han sido sutilmente actualizadas para el lector moderno.

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960[®] © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovada © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Reina-Valera 1960[®] usada con permiso.

© 2023

EB-612

ISBN 978-1-959799-00-9

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd, Sebring, FL 33870

www.ebi-bmm.org

(863) 382-6350

Impreso en Colombia

Traducido por María del Carmen Atiaga González

Proyecto realizado en colaboración con Iglesia la Fuente (Quito, Ecuador).

Contenido

| | | |
|---|--|-----|
| 1 | El concepto del Pastor en las Escrituras y en la historia | 1 |
| 2 | La labor del pastor | 27 |
| 3 | La oportunidad del pastor..... | 51 |
| 4 | Las tentaciones del pastor..... | 79 |
| 5 | La recompensa del pastor | 107 |

EL PASTOR COMO MINISTRO

El Concepto del Pastor en las Escrituras y en la Historia

De todos los títulos que han sido designados para los enviados del Hijo de Dios, el de “pastor” es el más popular, el más hermoso y el más amplio. Obispo, presbítero, predicador, sacerdote, clérigo, rector, párroco, ministro, todos estos títulos se han utilizado por mucho tiempo y se siguen usando en la actualidad, pero ninguno de ellos es tan satisfactorio ni suficiente como “pastor”.

El título de “obispo” fue introducido en la iglesia desde el mundo gentil y fue designado temprano para designar a un ministro con un grado especial, perdiendo así el rango de la aplicación que poseía anteriormente. En el sentido original de la palabra, obispo es quien supervisa y actúa como superintendente; por tanto, la cabeza de toda congregación podría llamarse correctamente un obispo. Pero, en las condiciones actuales, tal uso del término sería erróneo.

El nombre “presbítero” entró en la iglesia por medio del judaísmo. Debido a que los mundos tanto gentiles como judíos se reflejan en nuestro Nuevo Testamento, los presbíteros y los

obispos aparecen unos junto a otros en sus páginas. En un inicio, obispo y presbítero eran títulos sinónimos, que pertenecían al mismo oficio. Sin embargo, con el paso del tiempo, los obispos de la iglesia local dejaron de utilizar la designación de “obispos”, de modo que ese nombre fuera utilizado a partir de entonces solamente por los líderes de las diócesis o distritos. Presbítero fue el nombre que conservaron las autoridades de la congregación local, y conlleva la idea de la edad. Solo los hombres entrados en años podían ser ancianos en la iglesia judía. En la iglesia cristiana, la edad no es un requisito principal para el ministerio, ni tampoco una posesión esencial de quienes lideran. La palabra “anciano” no enfatiza aquello que es esencial en la obra cristiana; llama la atención a los años que un hombre ha vivido antes que al trabajo para el que ha sido llamado.

“Sacerdote” es un título prestado tanto del judaísmo como del paganismo, y a su alrededor se han agitado siglos de controversia. Muchos han contendido siempre que la idea del sacerdote es ajena a la religión cristiana y que llamar a la cabeza de una iglesia cristiana de esa manera es introducir un concepto que causa problemas. Es importante que tanto Jesús como sus apóstoles evitaron con cuidado esa palabra. Solo las sectas o ciertas secciones de la iglesia de Cristo la utilizan en la actualidad.

“Predicador” también es un título seccional que está confinado a las áreas limitadas del mundo cristiano, en el cual predicar se considera como la labor principal, si no la *única* orden divina de un embajador de Cristo. El uso de dicho título implica que la cabeza de una iglesia, en primer lugar, debe ser un orador, y que en el acto de comunicar él desempeña la función más gloriosa de su oficio. “Clérigo” es una designación un tanto espeluznante, que no fija la mente en la personalidad del hombre, sino en su oficio. “Rector” es para muchos un título repelente, puesto que

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

magnífica la idea de gobernar y acarrea consigo las desagradables reminiscencias de la monarquía, cuando los líderes eclesiásticos de temperamento déspota se enseñoreaban con arrogancia sobre los santos de Dios.

“Párroco” es el título favorito de George Herbert y de muchos otros, pero en nuestro mundo moderno ha adquirido un tinte un tanto despreciable. Cuando los hombres hablan con ironía del ministro, usualmente lo llaman “párroco”, con un acento familiar que trata con condescendencia y sonríe burlescamente. La palabra “párroco” en realidad se relaciona con la familia y en las épocas en que el representante de la iglesia era la única persona augusta e imperial en la parroquia, había cierta legitimidad en el título que se ha perdido desde entonces. En estos días democráticos en que el ministro ha bajado de su pedestal, usualmente es la reverencia burlesca la que juega con el título de “párroco”. Se ha convertido en una especie de broma.

“Ministro” es, en general, un título más amplio y adecuado que cualquiera de los siete mencionados anteriormente, pero tiene la desventaja de ser el mismo que utiliza el Estado para nombrar a sus funcionarios de alto rango. Cuando alguien habla de un “ministro”, es imposible que, con esa sola palabra, el oyente decida si se trata de una referencia a un ministro de la iglesia o uno del gobierno. Una de las limitaciones del nombre es su ambigüedad, y otra es su inhabilidad para hacer una distinción. No distingue al líder de sus seguidores. No establece un límite entre el general y sus soldados. Es una palabra que pertenece a cada seguidor de Jesús. La servidumbre o el servicio es la esencia de la vida cristiana. Todos los creyentes son ministros o siervos. Hablar de “el ministro” es insinuar que solo hay uno, mientras que debería haber tantos ministros como miembros de la iglesia. Uno se podría preguntar en ocasiones si las tropas de nuestras

iglesias quizá tuvieran un mayor celo para ministrarse mutuamente y a su comunidad, si el nombre “ministro” no hubiera sido monopolizado por un solo hombre. El uso exclusivo del título parecería justificar a los miembros indolentes de las iglesias en su hábito de considerar que el pastor es el único que tiene la obligación de trabajar en la congregación.

Pero cuando llegamos a “pastor”, alcanzamos un título que no tiene mancha ni arruga ni nada por el estilo. Esta es una palabra que ha sido transmitida a través de los siglos sin que se pierda la riqueza de su significado, libre de manchas. Es el único título que es estimado y reverenciado en cada redil del gran rebaño de Cristo. En las comuniones griega, romana y anglicana, entre los luteranos, reformados y otras denominaciones cristianas de importancia, “pastor” es un nombre que no provoca ofensas. A Roma le gusta esa palabra. Sus sacerdotes que están a cargo de las iglesias son llamados “pastores”. A la Iglesia de Inglaterra le gusta esa palabra, puesto que llama “pastores” a sus rectores. Las iglesias que usualmente llaman a sus líderes ministros y predicadores también los llaman “pastores”; no están dispuestas a apartarse de un título tan glorioso. Pastor es una palabra que se entiende en todo el mundo. En este título ancestral, la Iglesia de Cristo se une de hermosa manera. Así como la oración del Padre Nuestro y los Diez Mandamientos, es un tesoro que ningún grupo de creyentes está dispuesto a soltar. Las divisiones jamás han puesto sus manos en él. Muchas tradiciones preciosas han quedado en pedazos, pero esta permanece intacta. Cuando llegue el tiempo de la reunión de la cristiandad, y los hombres buenos comiencen a preguntar qué nombre debería otorgarse a aquellos siervos del Señor a quienes se les ha confiado la guía de las congregaciones locales, quién podría dudar que la palabra en la que todos esta-

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

rían de acuerdo sería la misma que el Señor eligió para sí mismo cuando dijo: “Yo soy el Buen Pastor” (Juan 10:11-18).

Uno de los secretos de la fascinación del “pastor” como título es que la palabra nos lleva directamente a Cristo mismo. Nos asocia de inmediato con él. Hasta lo que nos dice el Nuevo Testamento, Jesús nunca se llamó a sí mismo sacerdote ni predicador ni rector ni clérigo ni obispo ni anciano, sino que le gustaba pensar en sí mismo como un pastor. La idea del pastor estaba con frecuencia en su mente. Cuando miró a las multitudes en Galilea, ellas le hicieron acuerdo de las ovejas que no tienen pastor. Les dijo a los hombres repetidamente que había sido enviado a reunir y salvar a las ovejas perdidas de la casa de Israel. El Señor consideraba ovejas a todos sus seguidores y, al mirar a la distancia, vio a otras ovejas que también eran suyas. “También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor” (Juan 10:16). Cuando pensó de sí mismo en el mundo para venir sentado en un trono, con todas las naciones congregadas delante de él, incluso ahí todavía era un pastor que hacía lo que hacen los pastores.

Desde los inicios de la historia hebrea, la palabra pastor se había convertido en una metáfora. El cuidador literal de las ovejas era un personaje tan prominente en aquella época temprana que se convirtió en un tipo de los siervos más prominentes de Jehová, un símbolo para la expresión de los ideales sublimes del servicio. Esta palabra está rodeada de fragantes recuerdos, y los hombres le han otorgado significados excepcionales y preciados. Un sacerdote era llamado pastor; lo mismo sucedía con el profeta y después se llamó también así a un príncipe o a un rey. Todos los hombres que han estado en lugares de exaltación, a quienes se les ha confiado responsabilidades públicas, fueron

coronados con el título “pastor”. Tan bella era la figura y tan ricos sus contenidos que tarde o temprano alguien se atrevió a aplicarla incluso a Dios. Reyes y príncipes, sacerdotes y profetas aquí en la tierra eran pastores secundarios, mientras que en el cielo había un pastor sobre todos ellos: Jehová. Un genio poético enseñó a todos sus compatriotas a cantar: “Jehová es mi pastor; nada me faltará” (Salmo 23:1).

Cuando la nación cayó en dificultades y las calamidades la sobrepasaron, los santos gritaron: “Oh Pastor de Israel, escucha; Tú que pastoreas como a ovejas a José” (Salmo 80:1). Antes que los hombres se atrevieran a pensar en Dios como su Padre, lo llamaron su Pastor. El pastoreo divino fue uno de los escalones de la escalera ascendente por la que el mundo subió hacia la idea de la paternidad divina. Pero, aunque había un buen pastor en los cielos, no existía un buen pastor en la tierra. Todos los pastores de Israel, uno tras otro, demostraron ser una decepción. No cumplieron con su deber. No alimentaron al rebaño. No lo guiaron sabiamente. No podían salvarlo. Pero el corazón hebreo no cayó en la desesperación. Se atrevió a soñar en un pastor ideal que ciertamente vendría. Se les había prometido un Mesías, y él sería un pastor. Él guiaría, alimentaría y salvaría a las ovejas.

A través de muchas generaciones, esta figura del Pastor-Mesías revoloteaba ante las mentes de los videntes de Israel. Lo pintaron en colores que al final se fusionaron en la retina de los ojos de la nación. Cuando pintaban cuadros de malos pastores, siempre colgaban otra pintura, el retrato de un pastor que era bueno. Cuando deseaban criticar a un rey indigno o condenar a un sacerdote infiel, lo comparaban con el pastor que Dios había prometido. Era este retrato del buen pastor el que sustentaba el corazón de la nación. “Como pastor apacentará su rebaño; en

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas” (Isaías 40:11).

De este modo contrastaban al Pastor-Mesías con los pastores que habían sido impacientes, egoístas y crueles. Fue a aquellos hombres cuyos ojos se llenaban con este bello cuadro y cuyos corazones se asombraban por esta emocionante expectación a quienes Jesús habló cuando dijo: “Yo soy el buen pastor. Ladrones y atracadores me han precedido, hombres que han cometido todas las abominaciones que Ezequiel, Zacarías y otros han narrado, pero yo soy el buen pastor. Conozco a cada oveja por nombre. Yo doy seguridad, libertad y sustento para todos. Yo entregaré mi vida por las ovejas”. Jesús tenía muchas metáforas para ilustrar su carácter y su función, pero la metáfora mediante la cual le encantaba más pintar su retrato era la de “pastor”.

Al elegir este título para sí mismo, también se lo otorgó al líder de los apóstoles. Pedro era un pescador y supuestamente entendía mejor el lenguaje inherente a los labios de un pescador, pero Jesús, en su encargo final al hijo de Jonás, utilizó solamente el vocabulario del redil. “Apacienta mis corderos. Pastorea mis ovejas. Apacienta mis ovejas” (Juan 21:15-17). En otras palabras: “Sé un pastor y haz la labor de un pastor”. El gran pastor de las ovejas, al formular un encargo que él consideró suficiente para guiar y animar a los líderes de la iglesia cristiana hasta el fin de los tiempos, utilizó solamente el lenguaje de un pastor. La historia de la iglesia comienza cuando Jesús le dice al líder que está a la cabeza de la labor de discipular a las naciones: “Yo soy un pastor; tú también debes ser un pastor”.

Pedro jamás olvidó lo que el Señor le dijo esa mañana a la orilla del mar. Como el Maestro, él miró de ahí en adelante a los hombres con los ojos de un pastor: “Porque vosotros erais como ovejas descarriadas”, escribe a un grupo de sus convertidos, “pero

ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas” (1 Pedro 2:25). Fue el buen pastor quien había encontrado a Pedro y le había dado su labor. Es el buen pastor, cuyo regreso espera el apóstol. El pastor supremo regresará, por tanto, Pedro escribe a los pastores de las iglesias: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 Pedro 5:2-4). Pedro no realizó toda su labor bajo la revisión de un gran capataz, sino bajo la mirada delicada y amorosa del pastor cuyo deleite es buscar y salvar a los perdidos.

Pablo no fue uno de los doce apóstoles originales. Él nunca conoció a Jesús en la carne, pero recibió de él la idea del pastoreo en el Espíritu. Al igual que Pedro, a Pablo le encantaba pensar en sí mismo como un pastor. Él observaba a los hombres con la diligencia amorosa y el afecto minucioso de los ojos de un pastor. Cada iglesia era un rebaño para él, y los hombres a cargo de la congregación eran pastores. El apóstol se dirige a los dirigentes de la iglesia en Éfeso con el lenguaje de un pastor: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.... En todo os he enseñado” (Hechos 20:28-29, 35).

Se podría decir, por tanto, que la idea del pastor influye en todo el mundo del Nuevo Testamento, para permear su atmósfera y fluir en su sangre. La generación de creyentes que fue moldeada por los apóstoles fue entrenada para pensar en Jesús como el Buen Pastor, y los líderes de la iglesia que recibieron la instrucción de Pedro y Pablo salieron como pastores para alimentar y

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

apacentar a las ovejas de Cristo. Es una idea predominante de la era apostólica, que estalla en canción en la bendición más resonante de todo el Nuevo Testamento:

Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. (Hebreos 13:20-21).

Esta es la bendición que el Nuevo Testamento pronuncia sobre todos los obreros cristianos, y tiene una relevancia especial para los hombres que se están preparando para el servicio en el ministerio cristiano. Es a través del gran pastor de las ovejas que Dios perfecciona a los hombres para el cumplimiento de su voluntad. Es solamente al desarrollar en ellos la disposición de un pastor y al impartirles las destrezas de un pastor que el Señor los faculta para hacer lo que es agradable ante sus ojos. Si el objetivo de nuestra vida es ser semejantes a Cristo, entonces debemos ser como un pastor.

Si somos llamados a cumplir la misión de Cristo, entonces nuestra labor es la de un pastor. Si vamos a ser juzgados por Cristo, entonces la pauta del día del juicio debe ser el estándar de un pastor. Puesto que Cristo es la imagen de su Padre, en consecuencia, Dios mismo es un Dios pastor. Para glorificarlo debemos realizar la labor de pastor, y para disfrutarlo por la eternidad debemos tener el corazón de un pastor.

Es un hecho interesante que, cuando cerramos el Nuevo Testamento y buscamos libros creados por la era de los padres apos-

tólicos, el primer volumen que tenemos a mano es un pequeño tratado, una especie similar al *Progreso del Peregrino* de Bunyan, “un libro que casi se ganó un lugar en el canon de nuestro Nuevo Testamento y que, por mucho tiempo, se leyó en las iglesias cristianas, se citó en los sermones cristianos y se expuso en libros cristianos, como si fuera parte de la auténtica Escritura”: *El Pastor de Hermas*. Es un pequeño panfleto curioso, y todos se alegran ahora de que no tuviera éxito para establecerse en nuestra Biblia. Sin embargo, contiene mucho material sugerente, y una de sus características interesantes es que Hermas recibió su instrucción e inspiración de un pastor. Los eruditos nos dicen que, en la más antigua de las catacumbas, la figura cristiana favorita es la del pastor. Él está en la flor de la juventud, con un cayado o vara de pastor en una mano y, sobre su hombro, un cordero que sostiene cuidadosamente con la otra mano. A veces se lo representa con solo una oveja y en otras ocasiones con dos. Con frecuencia se ven varias ovejas a sus pies en diversas posiciones.

Era un pastor lo que estos creyentes de la iglesia primitiva les encantaba pintar en las paredes de sus capillas y oratorios, y cincelar en las tumbas de sus muertos. Grabaron la imagen del pastor en los cálices que utilizaban para el sacramento de la Última Cena. Lo trazaban en el oro de los vasos que usaban para beber en sus banquetes; lo moldeaban en las lámparas, lo grababan en anillos, lo pintaban en frescos sobre los muros de las cámaras mortuorias, lo grababan en tablas, lo esculpían en sarcófagos. Se encuentra en miles de tumbas. Fue el primer símbolo favorito de la vida y la fe cristiana. De esta manera, nos cercioramos de lo que pensaban los creyentes del segundo siglo sobre Jesús. Esta figura del pastor revela cómo lo consideraban en sus más profundas experiencias, de qué forma los consolaba en sus horas más solemnes. Era la ternura del pastor la que los aliviaba cuando se

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

afligían. Era la valentía y la fuerza del pastor la que los sostenía en el día de la persecución y en la hora de la muerte.

El cristianismo era, en un principio, la religión del buen pastor. Para los hombres del segundo siglo, el Salvador del mundo era un cuidador de ovejas. Como afirma Dean Stanley:

La bondad, la valentía, la gracia, el amor, la belleza del buen pastor era para ellos un libro de oraciones y estatutos, credo y cánones, todo en uno. Contemplaban esa figura y les expresaba todo lo que deseaban. Con el paso de los siglos, el buen pastor se desvaneció de la mente del mundo cristiano, y otros emblemas de la fe cristiana han tomado su lugar. En lugar del pastor gentil y misericordioso, llegó el Juez omnipotente, o el Sufridor crucificado, o el infante en los brazos de su madre, o el Maestro en su cena de despedida, o las figuras de innumerables santos y ángeles, o las exposiciones elaboradas de las diversas formas de controversias teológicas. Casi no existen alusiones al buen pastor en Atanasio o Jerónimo. Hay muy pocas menciones en la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino, ninguna en el catecismo Tridentino, ninguna en los Treinta y Nueve Artículos, ninguna en la Confesión de Westminster.

Cuando los líderes de la iglesia comenzaron a perder la visión del buen pastor, al mismo tiempo empezaron a alejarse del ideal del Nuevo Testamento de servicio ministerial. Poco a poco engrandecieron su oficio de maneras que no fueron aprobadas por el buen pastor de las ovejas. Se hicieron sacerdotes que ofrecían un sacrificio carente de sangre, asumieron funciones de gobernantes, especializándose en la ley y la disciplina. Se dege-

neraron hasta volverse tiranos, estableciéndose como custodios exclusivos de la gracia de Dios, adjudicándose la soberanía, no solo sobre los reinos de este mundo, sino también sobre el vasto imperio de los muertos. La iglesia se extravió del camino que lleva a la vida tan pronto como los representantes del Hijo de Dios se olvidaron de que eran pastores. La oscuridad cayó sobre la tierra cuando el pastor fue absorbido por el sacerdote.

Pero cuando se asimila un ideal, este nunca se desvanece por completo de la mente del mundo. La iglesia nunca ha renunciado completamente a su creencia en Jesús como el Salvador Pastor, y nunca ha renunciado del todo a su sentir de que los ministros deben ser pastores de las ovejas. La idea del pastor posee algo que atrae al corazón universal. Aun en nuestro mundo occidental, en el que las máquinas y el comercio han manejado al pastor y a su rebaño, el más estimado de todos los Salmos sigue siendo el Salmo del Pastor. Los hombres y mujeres leen y estiman “Jehová es mi pastor, nada me faltará” más que cualquier otro poema del salterio. Millones que no han tenido experiencia con rediles, para quienes la oveja ha sido un animal casi desconocido, se han conmovido de manera extraña por el penetrante patetismo de la historia que contó Jesús sobre un pastor que salió a buscar a una oveja perdida. Ninguna canción cristiana se adentró más profundamente en el corazón del siglo XIX que: “Noventa y nueve ovejas, sí, en el aprisco están”, como la cantó el señor Sankey por todo el mundo. Las congregaciones cantaban todos los domingos:

Cristo, cual pastor, oh guía
nuestros pasos en tu amor;
Nuestras almas siempre cuida,
guárdalas, oh, Salvador...

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

y también esto:

Cansado del pecado,
Buscome con amor;
Me traje al rebaño
En hombros, el Señor...

y también esto:

El Rey de amor es mi Pastor,
su amor es verdadero;
su amparo no me faltará,
pues yo soy su cordero.

Tanto en las oraciones como en los himnos, la idea del pastor ha sido tejida inextricablemente. Multitudes de corazones encuentran alivio al hacer la confesión: “Hemos errado, y nos hemos extraviado de tus caminos como ovejas perdidas. Hemos seguido demasiado los designios y deseos de nuestro propio corazón”.¹ El corazón devoto cae inconsciente en frases tales como: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). El Espíritu en nuestro interior, que nos ayuda en nuestra debilidad, nos enseña a clamar: “¡Oh, gran pastor de las ovejas! ¡Guíanos, aliméntanos, protejanos cada vez más!”.

Es necesario simplemente caminar por cualquiera de las grandes galerías europeas de pinturas para ver qué gran impresión ha causado la idea del pastor en la mente del artista. A los maestros del pincel siempre les ha encantado pintar a Jesús como un pastor. Cada vez que se exhibe ese cuadro, los ojos humanos

1 *El Libro de Oración Común* (Nueva York: The Church Pension Fund, 1989), 243.

se sienten atraídos a él y los corazones humanos son ministrados por él. El corazón de un hombre es similar al corazón de una oveja: late cuando ve a su pastor.

La idea del pastor fue elaborada de manera profunda en la literatura cristiana. Ha moldeado, más de lo que pensamos, no solo el lenguaje, sino el pensamiento de la iglesia cristiana. ¿Acaso no hablamos de las epístolas pastorales? ¿Y no tenemos en todos los seminarios teológicos una cátedra de teología pastoral? ¿Y en nuestras ordenaciones no tenemos encargos pastorales? ¿No es acaso una de las más famosas encíclicas recientes del Papa una titulada “Apacentar la grey del Señor”? El concepto del pastor nos persigue, se aferra a nosotros, no nos suelta. Esta es obra del Señor y debería ser maravillosa ante nuestros ojos. Bendito el hombre que medita en su importancia y permite que le enseñe lo que tiene que decir.

Perdemos algo cuando confinamos el concepto de apacentar ovejas a los campos, mientras que encerramos la palabra “pastor” en la iglesia. Sabemos con nuestro intelecto que encierran ideas sinónimas, pero con frecuencia lo olvidamos con nuestros corazones. Sería de ayuda para nosotros decir ocasionalmente: “El Señor es mi pastor”. Eso exaltaría el término “pastor” a una dignidad más alta y le otorgaría un significado más celestial. Disciplinaría y fortalecería a cada ministro de Cristo si de vez en cuando él se dijera a sí mismo: “Soy uno que pastorea”. La auto-condenación llegaría a más de un pastor si su pueblo empezara, algún día, a hablar de él como “nuestro Pastor”.

En una época como la presente existe el peligro de que se nuble el concepto de lo que es un pastor. Del mismo modo que la idea del pastor de ovejas fue tragada por la idea del sacerdote, causando que cayera una desgracia sobre la iglesia, también nos caería ciertamente una calamidad si la idea del pastor de ovejas

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

es tragada por la del predicador. Un joven católico romano que pretende dedicarse al sacerdocio siempre anhela el momento en que pueda officiar la misa. El día en que celebre su primera misa será un día especial en su vida. Un muchacho católico cree que el principal trabajo de un ministro de Cristo es officiar una ceremonia para ofrecerle a Dios una hostia que se ha convertido de un modo inexplicable en el cuerpo del Hijo de Dios. Esa idea falsa desmoraliza y oscurece todo el mundo católico romano.

El joven protestante que pretende entrar en el ministerio anhela la hora de predicar su primer sermón. La fecha del evento es un día cardinal en su calendario. Los ministros protestantes hablan de su primer sermón hasta el final de sus vidas, tal como los sacerdotes católicos hablan en el ocaso de su existencia sobre su primera misa. Ambos hombres son semejantes porque ponen el énfasis supremo en su desempeño público, el uno en una ceremonia y el otro en un discurso. El uno hace del altar y el otro del púlpito el lugar santísimo de la iglesia cristiana. El uno piensa que el mundo alcanza la bendición cuando la hostia se convierte en el cuerpo de Cristo, el otro, que la humanidad es fomentada por su exposición de la vida y las ideas de Jesús. Ambos están equivocados.

El Nuevo Testamento no conoce ni el altar ni el púlpito. Los primeros ancianos y obispos no eran predicadores en nuestro sentido de la palabra, y fue solo después de muchas generaciones que la Cena del Señor se conoció como la misa. Los primeros obreros de las congregaciones locales, en los tiempos de los apóstoles, eran supervisores, superintendentes, guías, presbíteros, obispos, en otras palabras, pastores, apacentadores de las ovejas. La idea pastoral es más profunda que la del sacerdote o la del predicador, y también es más amplia. Sus contenidos son más ricos. Sacerdotes y predicadores empobrecen sus

vidas y acortan su utilidad cuando no mantienen viva en sus corazones la idea de aquel que pastorea.

Muchos ministros denigran la noción pastoral, así como la mayoría de nuestras congregaciones. Nuestras iglesias protestantes buscan, en primer lugar, lo que ellos llaman un predicador, un hombre que sea un orador experto y que pueda atraer a un grupo de oyentes. ¡Quién jamás oyó de un hombre que fue llamado a una iglesia porque era bueno para pastorear! El estimado popular del servicio pastoral se evidencia también en la política adoptada por la iglesia al realizar su labor. Ningún hombre puede ser el pastor de más de algunos cientos de personas y, sin embargo, las iglesias aumentan su membresía a veces a mil, mientras se espera que un hombre realice todo el trabajo en la congregación. El resultado es que no puede hacer nada bien. Fracasa como pastor y, tarde o temprano, colapsa como predicador.

Todas las iglesias de una ciudad que tienen mil miembros deberían tener un cuerpo de pastores, y cada uno debería hacer lo que puede hacer mejor. Tenemos que utilizar a los hombres de ministerio con los dones más diversos. Empobrecemos nuestra vida eclesial cuando limitamos el ministerio de manera práctica a hombres de un solo tipo. Casi todas nuestras iglesias en ciudades funcionan según el viejo plan de la aldea: se supone que un solo hombre debe hacerlo todo. Con razón no pueden salir adelante con éxito ante los problemas de la ciudad. Una iglesia de aldea en un ambiente de ciudad es impotente. Los hombres y el dinero se malgastan en un esfuerzo sin sentido por hacer lo imposible. Lo que necesitan nuestras iglesias en las ciudades, más que cualquier otra cosa, es pastores. Una iglesia de ciudad, al igual de un hospital o una escuela de ciudad es una institución costosa, por tanto, se debe educar a los laicos para que inviertan su dinero en ella con una generosidad desconocida hasta ahora. Esto se debe a que

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

los creyentes laicos, como regla, no conocen el valor del servicio pastoral por el que la mayoría de nuestras iglesias en ciudades están peleando una batalla perdida.

Cuando finalmente la membresía llega a ser difícil de manejar, y se ve al pastor tambalearse bajo su carga, en pura desesperación la iglesia decide obtener los servicios de un segundo obrero. ¿Y quién es más probable que sea ese obrero? Un hombre joven, quizá, recién salido del seminario, que está dispuesto a trabajar para ganarse la vida, o algún santo anciano cuya vitalidad decaída le ha cerrado todas las demás puertas. Para el púlpito, todos están seguros de que un hombre debe tener cerebro, talento, genialidad; pero para el servicio pastoral, la impresión común es que casi cualquier hombre es suficiente. Las iglesias muestran su estima del servicio pastoral por medio de la política que siguen para asegurarla.

Las escuelas de teología han sido responsables, en cierta medida, por la ignorancia de las iglesias. Un vistazo al currículo de un anticuado seminario es suficiente para demostrar que la teología pastoral era, a juicio de los doctores, una rama subordinada de conocimiento. El griego y el hebreo, la religión comparativa, las confesiones y credos, la retórica sagrada y la elocución, la homilética con todas sus ramas, sistemas de teología, sin duda todas estas cosas han tenido puestos preeminentes en los banquetes teológicos, y los jóvenes han sido enseñados a no mofarse de la labor pastoral, pero sí a ubicarla en un rango subordinado. La terapia espiritual, la casuística o los casos de conciencia, la cura de las almas, los remedios provistos en el recetario cristiano, la aplicación de los principios cristianos a las dolencias específicas del corazón de la persona, sin duda, estos son estudios que han recibido menos que su merecido. Entonces, nuevamente, la ciencia de la psicología, el arte de la cooperación, la filosofía de la

comunidad, todos estos conocimientos y disciplinas que involucran la vida social y la acción comunal han sido pasados por alto con demasiada frecuencia, por no decir que se los ha ignorado por completo. Muchos graduados de seminario, que avanzan a tropezones en medio de las fuerzas complicadas de su primera congregación, han clamado en humillación y enojo: “¿Por qué no me enseñaron en el seminario cómo organizar mi trabajo y cómo lidiar con toda esta cantidad de enredos y problemas críticos para los cuales no tengo la más mínima preparación?!”.

Un resultado de este menosprecio del servicio pastoral es visible en los sentimientos que albergan muchos jóvenes que entran en el ministerio. Dicen abiertamente que desprecian el trabajo pastoral. Disfrutan del estudio, aman los libros, se deleitan en la predicación. Pero, en lo que tiene que ver con pastorear a las ovejas, su alma lo aborrece. Les gusta sentir que tienen dones especiales para el púlpito. Cuando sus amigos les profetizan una gloriosa carrera en el púlpito, sus corazones cantan. Se dice que la labor del pastor era una abominación para los antiguos egipcios, y lo mismo les ocurre a todos los faraones de los púlpitos que están interesados en construir pirámides con palabras elocuentes. El miedo de desmoronarse bajo el peso de los sermones es como una pesadilla para ellos, el peso de colapsar bajo la labor pastoral ni siquiera se les cruza por la mente. Un desliz en el púlpito produce un remordimiento corrosivo, mientras que un error en la obra pastoral ni siquiera produce una punzada en sus conciencias. La adoración pública es, para ellos, lo único que importa, el principio y el fin de la vida ministerial. No han leído el Nuevo Testamento lo suficiente como para observar que ni Jesús ni los apóstoles hicieron de la adoración pública *una cosa necesaria* y, aunque no debe ser descuidada, hay aspectos que tienen mucho más peso.

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

En defensa de los jóvenes que miran de reojo la labor pastoral, se puede decir que la juventud es la época en que el intelecto es voraz por las ideas y es cuando Dios desea abastecer sus mentes. Los jóvenes, si están intelectualmente alerta, se interesan más en las ideas que en los hombres. Más aún, el don de la oratoria es un talento que se desarrolla a una edad temprana, y el amor por la predicación es uno de los deleites de la juventud. No se puede esperar que pastorear a las ovejas, una por una, sea tan fascinante para los jóvenes como dar un mensaje emocionante a través de una trompeta de plata a una multitud en un domingo. Es más, los ministros jóvenes tienen las fragilidades peculiares que son inseparables de la juventud. Les gustan los elogios. Son sensibles a los aplausos. Estiman el primer plano. ¿Cómo pueden evitarlo? Los anima la atención de la prensa pública. Los periódicos están por todos lados y sus contenidos son objeto de diálogo en diversos círculos. Encontrar un lugar en el periódico, por tanto, es una forma en que el ministro puede multiplicar su poder. Y para encontrar un lugar en el periódico, un hombre debe predicar. Puede decir cosas en el púlpito que los reporteros estarían felices de reproducir. Puede lograr desde el púlpito cosas que el mundo necesita.

Los jóvenes poseen una ambición legítima por hacer que sus vidas cuenten en lo que más sea posible. Son dignos de admiración por su deseo por atraer la atención a su mensaje. El púlpito es una especie de tejado desde el cual pueden gritar sus noticias a toda la ciudad. En cambio, en el trabajo pastoral, un hombre está parado sobre la tierra y es probable que el mundo no le preste atención. Nuevamente, los jóvenes son impacientes por naturaleza. Quieren que las cosas se logren y desean que se realicen enseguida. Lidiar con un hombre a la vez es tedioso y agotador. Persuadir a un muchacho rebelde para que obedezca a

su madre, o levantar a un esclavo de la bebida para que alcance la sobriedad y la libertad o alumbrar un hogar humilde con una sonrisa y una oración: estas cosas requieren paciencia, tacto y sacrificio, y parecen una labor infructuosa en comparación con tener un gran impacto en una multitud de personas a la vez en un domingo. Los jóvenes anhelan hacer las cosas con rapidez, y esto es algo que no deberíamos lamentar.

Es la gloria de un joven que él quiera moverse con rapidez y que no sea tan paciente con la forma en que están las cosas, como lo es un anciano. Es una rapidez ardiente de la que hace que muchos jóvenes sientan aversión por la labor pastoral. Existen ciertos dones y gracias que, como un roble, maduran lentamente. Una de ellas es la compasión. La compasión es el fruto de la experiencia. La experiencia de los jóvenes es limitada y no se les puede culpar por ello. Muchos jóvenes se han sentido dolorosamente perturbados al entrar en su primera congregación a causa de su débil amor por las personas. Al examinar su corazón, el joven ha descubierto que estaba frío y muerto. Ha observado a los hombres y mujeres delante de él y se confesó a sí mismo que no le importa la mayoría de ellos. Parece no haber un punto de contacto entre él y ellos. El joven se ha dedicado a estudiar y ellos simplemente existen. Casi no saben nada; él sabe mucho. Él ha estado pensando, mientras que, al parecer, ellos no han pensado en absoluto. Él está bastante familiarizado con los grandes pensadores de Alemania, Inglaterra y Escocia, pero en su congregación, estos reyes del pensamiento moderno son completamente desconocidos.

Los más sabios en la comunidad no saben qué es el Ritschlianismo o el Pragmatismo o el Vitalismo o el Monismo o el Modernismo o cualquier cosa que acapare la atención del hombre moderno. La gente de su parroquia está simplemente

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

comprando y vendiendo, trabajando y divirtiéndose. Las mujeres están atendiendo sus hogares y cumpliendo diversas funciones sociales. El mundo está comiendo y bebiendo, casándose y dándose en matrimonio, de manera muy similar a lo que hacían antes del diluvio. ¿Cómo es posible que un joven criado en el mundo de los libros adquiera de inmediato un interés robusto y genuino en un mundo tan insulso y atrasado? No es fácil en absoluto para un joven llegar a ser un pastor, y este no debe sentirse desanimado si no puede serlo en un día, o en un año. Puede ser un orador sin dificultad. Puede llegar a ser un reformador en un instante. Él puede realizar una labor fructífera en la crítica de la política y la sociedad en su primer domingo. Pero solo puede llegar a ser un pastor lentamente, al transitar pacientemente por el camino de la cruz.

La labor del pastor es humilde; así lo ha sido desde el comienzo y así será hasta el final. Un hombre debe rebajarse para realizarla. Un pastor no puede sobresalir. No puede lucirse. Su trabajo debe hacerse en la oscuridad. Las cosas que hace no aparecen en artículos interesantes. Su labor requiere una modestia continua. Es una forma de servicio que consume la vida de un hombre. Lo envejece antes de tiempo. Todo buen pastor entrega su vida por las ovejas. Si un hombre depende de los aplausos de la multitud, nunca debería entrar en el ministerio. Las obras más distinguidas que realiza un ministro no ocurren a la vista de todos y nunca salen en reportajes. Solo las conocen ellos mismos y una o dos personas más, y Dios. Su gozo no se encuentra en que se hable de su éxito en la tierra, sino en que su nombre esté escrito en el cielo. El pastor de ovejas en el Oriente no tenía una multitud que lo admirara. Vivía solo con las ovejas y las estrellas. Sus satisfacciones venían del interior. Los mensajeros de Cristo no deben esperar bandas de música para que lo acompañen en

el camino. Su labor es humilde, sin pretensiones y, a menudo, pasa desapercibida, pero si edifica las almas en la justicia, es más duradera que las estrellas.

¿Cómo, entonces, puede un joven con limitada experiencia, compasión no desarrollada, temperamento impaciente, anhelo de atención, amor por la expresión personal y pasión por las ideas llegar a ser uno que verdaderamente pastorea a su gente? En primer lugar, que estudie nuevamente la vida del pastor ideal y entonces, día a día, tanto con oración como con obras de autosacrificio, que se esfuerce para desarrollar en sí mismo la mente de Cristo. “Los dolores y las oraciones a través de Jesucristo pueden lograr cualquier cosa”, escribió John Eliot hace mucho tiempo. Jesús era un joven, pero tenía el corazón de pastor. La cercanía a él es una condición indispensable para absorber el temperamento del pastor y aprender los hábitos de Cristo.

Un estudiante esmerado del Nuevo Testamento no podría evitar notar con cuánto cuidado los evangelistas declaran la magnitud de la obra de Jesús y el alcance de las obligaciones que pone sobre los doce. Lucas nos cuenta que, en su primer sermón en Nazaret, Jesús aceptó el programa establecido por Isaías, y este era el predicar las buenas nuevas a los pobres y proclamar la libertad a los cautivos, recobrar la vista a los ciegos, liberar a los oprimidos y proclamar el año aceptable del Señor. Las palabras y las acciones están combinadas.

El Mesías debe hacer ambas cosas: *enseñar* y *hacer*. Lucas nunca pierde de vista la doble dimensión de esta labor. Le dice a Teófilo que su evangelio es la historia de lo que Jesús empezó tanto a hacer como a enseñar hasta el día en que fue recibido arriba. Dice que Jesús les encargó a los doce una labor doble. Llamó y reunió a los doce para entregarles el poder y la autoridad sobre todos los demonios, para curar enfermedades, y los envió

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

a predicar el Reino de Dios y sanar a los enfermos. Los doce entendieron que tenían que hacer más que predicar. Partieron y viajaron por las aldeas predicando el evangelio y sanando por donde iban. En el evangelio más antiguo, Marcos, se deja en claro la misma distinción. “Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios” (Marcos 3:14-15). Este era el trabajo que él mismo había llevado a cabo. El Señor visitó las sinagogas por toda Galilea “predicando y expulsando demonios”. Mateo mantiene la misma distinción. “Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó” (Mateo 4:23-24). Fue cuando Jesús vio a las multitudes desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor que él llamó “a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia” (Mateo 10:1). En otras palabras, los doce no debían simplemente proclamar con frases generales un mensaje para las multitudes, sino que debían predicar y tratar con los hombres, uno por uno, para expulsar sus espíritus malignos y sanar sus enfermedades.

Por tanto, si somos los sucesores de los apóstoles, debemos tener un espíritu apostólico y hacer la labor de los apóstoles. Tenemos que pastorear a las multitudes que están desamparadas y dispersas, para llevar la vida y el amor de Dios a la mente y el corazón de cada persona, por medio de nuestra propia personalidad llena del Espíritu. Es solo a través del trabajo pastoral que el mundo puede salvarse.

Sin la labor pastoral, el ministro mismo no puede ser salvo. Si la salvación es salud y la salud es el tipo de vida que encontramos en Jesús de Nazaret, entonces, ¿cómo puede un ministro tener una buena salud si le falta el corazón de pastor? ¿Cómo puede tener paz y gozo si elude las responsabilidades de pastor y huye de las cruces del pastoreo? La prueba más excelente de consagración de un ministro de Cristo no está en su desempeño público, sino en lo que hace cuando el mundo no está mirando. Es difícil para un hombre darse cuenta, cuando está predicando, si lo hace para sí mismo o para Dios. Explicar ideas gloriosas, revestirlas de un lenguaje que brilla y proclamarlas en tonos que queman, todas estas cosas son tan deleitosas que no es fácil para el predicador decir simplemente por qué le gusta hacerlo. Pero en la oscuridad del servicio pastoral, el ministro tiene la oportunidad de confirmar si en realidad ama a Dios y cuánto está dispuesto a hacer por las personas, simplemente por causa de Jesús.

Un ministro puede echar a perder su labor pastoral y todavía mantener su posición como pastor del rebaño, pero no puede mantener su posición en el Reino de Dios. El pastor infiel es castigado con una penalidad inescapable, infligida automáticamente. Poco a poco su conciencia se cauteriza, el corazón se vuelve menos sensible, el ojo espiritual pierde su perspicacia y el culpable, que en el exterior sigue pareciendo devoto y es honrado públicamente, es empujado lenta pero inexorablemente por la mano del Todopoderoso a las profundidades más insondables de esa oscuridad exterior preparada para todos los que son cobardes ante su encargo. Los hombres no eluden el servicio pastoral porque sean fuertes, sino porque son débiles. No tienen la fuerza suficiente para doblegar sus vidas en conformidad a la vida de Cristo. Son los débiles y no los gigantes quienes descuidan a su gente. Es el pagano y no el creyente

EL CONCEPTO DEL PASTOR EN LAS ESCRITURAS...

el que brilla en público, pero no cumple con las obligaciones privadas que le pertenecen como un mayordomo ordenado del Hijo de Dios. Cuando un hombre dice que aborrece el trabajo pastoral y se dedica lo menos posible a él, si tuviera oídos para oír, escucharía al Espíritu decirle: “¡Eres un necio!”.

Unas pocas cosas son innegables. Vivimos en un universo creado por un Dios Pastor. El Señor es nuestro pastor. Nuestro mundo es redimido por un Salvador Pastor. Nuestro hermano mayor es un pastor. El hombre que la humanidad más necesita es un pastor. Todo mensajero de Cristo ha sido enviado a realizar la labor de un pastor. Tendremos que comparecer al final delante de un Juez pastor. Dios separará a los buenos pastores de los que son malos. Hay tres preguntas de suma importancia que todo pastor debe afrontar y responder:

- ¿Apacentaste mis corderos?
- ¿Pastoreaste mis ovejas?
- ¿Apacentaste mis ovejas?